

NEW LEFT REVIEW 103

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2017

TRANSICIÓN EN ESTADOS UNIDOS		
MIKE DAVIS	Las elecciones de 2016	7
JOANN WYPIJEWSKI	La política de la inseguridad	11
DYLAN RILEY	El Brumario estadounidense	23
ALEXANDER ZEVIN	Imperio y aranceles	37
PERRY ANDERSON	Pasando el bastón de mando	43
ARTÍCULOS		
GÖRAN THERBORN	La dinámica de la desigualdad	69
CARLOS SPOERHASE	Más allá del libro	91
HITO STEYERL	Sobre los juegos	105
CINZIA ARRUZZA	El rechazo de Italia	122
CRÍTICA		
MARCO D'ERAMO	Ellos, el pueblo	134
PETER ROSE	¿Secretos de los antiguos?	145
JEFFERY WEBBER	Pensamiento social latinoamericano	157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

DINÁMICAS DE LA DESIGUALDAD

LA DESIGUALDAD ES una noción moderna. Las diferencias de riqueza, de poder y de estatus –entre ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y viejos– son antiguas, por supuesto. Las grandes religiones de la salvación –budismo, cristianismo e islam– alumbraron nociones de la igualdad de las almas humanas, que en algunos casos pudieron desarrollarse hasta dar lugar a un igualitarismo anclado en este mundo, en lugar de en el próximo: así, la celebrada defensa de la población nativa de América por parte del clérigo español Bartolomé de las Casas, por ejemplo, o la campaña de los abolicionistas anglosajones contra el tráfico de esclavos. Este igualitarismo inspiró levantamientos populares, desde la guerra campesina en Alemania en la década de 1520 a las grandes rebeliones Taiping y Tonghak del siglo XIX en China y Corea. Hubo una extrapolación bíblica –«Cuando Adán araba y Eva hilaba, ¿quién era entonces el caballero?»–, que se hizo popular en muchas lenguas europeas. Pero el concepto moderno, secular, de igualdad se fue forjando en el curso de la lucha entablada por la burguesía europea contra la aristocracia gobernante, una lucha en la que la Iglesia oficial y su alto clero, de cualquiera que fuera la variante del cristianismo, tomaron partido por la aristocracia, hecho por el que luego la Iglesia pagaría un alto precio: la extraordinaria secularización de la mayor parte de Europa.

La lucha de la burguesía se centraba en la igualdad existencial en su forma legal; desafiaba los privilegios de la aristocracia y su pretensión, más destacada en Francia, de ser, frente a los meros comunes, un tipo superior de ser humano. Pero esta igualdad cívica entre los caballeros propietarios y educados de las revoluciones atlánticas pronto fue desafiada hasta el punto de la extinción por las convulsas polarizaciones sociales del capitalismo industrial. La desigualdad social entró en la arena política, así como en la agenda

intelectual. Pero si la igualdad puede verse como el valor definitorio de la izquierda moderna, tal y como ha sostenido Norberto Bobbio, en el seno de los movimientos de la clase trabajadora, feminista y de los nacionalistas progresistas, esta noción se hallaba normalmente inserta en otros conceptos (la emancipación, la liberación, el socialismo, etcétera) a los que estaba subordinada; o bien iba de la mano de exigencias concretas de empleos, salarios dignos, seguridad social, libertad sexual, independencia nacional, etcétera. Ahora que algunos de estos conceptos han perdido su carácter de evidencia, mientras las desigualdades van mutando hacia formas nuevas y más fuertes, con el derrumbe de sus viejos baluartes institucionales, las críticas a la desigualdad y las preocupaciones en torno a la igualdad –en tanto que proceso y como horizonte, más que como estado– van ganando centralidad. Fue Amartya Sen quien, en este contexto, planteó la pregunta: «¿Desigualdad de qué?», y respondió: «De posibilidades para la actuación humana»¹. De esta forma dotó al igualitarismo de una base teórica sostenible, relevante tanto para los filósofos sociales, perdidos en el nacionalismo utópico de Rawls –es decir, el utopismo radical de su *Theory of Justice* y el nacionalismo filosófico de su *Law of Peoples*–, como para los economistas de última hora, felizmente ignorantes no solo de Marx, sino también de Ricardo.

Desde esta perspectiva, la desigualdad es un constructo histórico. Bajo el presente orden global, la mayor parte de la humanidad se ve privada del potencial para realizar todas sus capacidades. Seis millones de niños mueren al año antes de su quinto cumpleaños; las posibilidades de supervivencia de aquellos que nacen entre el 20 por 100 más pobre del mundo son solo la mitad de las de quienes nacen en el quinto más rico. En India, casi la mitad de la población sufre retrasos en el crecimiento físico y mental durante la niñez, un problema del que muchos no llegan nunca a recuperarse del todo. También en Gran Bretaña, la impronta de clase en los bebés es ya visible a la edad de veintidós meses. En este sentido, la desigualdad es tal vez el mayor «crimen contra la humanidad». El planteamiento de Sen ha sido codificado desde el punto de vista estadístico en el Índice de Desarrollo Humano producido por el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, que se centra en las dimensiones de la esperanza de vida, la educación y la renta. En años recientes, el PDNU ha comenzado también a calcular la desigualdad en el desarrollo dentro de las naciones y de las regiones: el África subsahariana se sitúa en los peores puestos, seguida de Asia meridional; la desigualdad de renta es más elevada en América Latina que en ningún otro lugar; la desigualdad educativa es más alta en Asia meridional, mientras que la esperanza de vida más desigual del planeta es la del África subsahariana².

¹ Amartya Sen, *Inequality Reexamined*, Cambridge (MA), 1992.

² UNDP, *Human Development Report 2015*, cuadro 3.

Un pionero

Durante los últimos veinte años, la desigualdad se ha vuelto a convertir en una preocupación mayor –o al menos, no despreciable– para los economistas; la crisis financiera del 2008 llegó incluso a situarla en la agenda del Foro Económico Mundial capitalista de Davos. En una disciplina dominada por Estados Unidos, este repunte igualitario ha sido impulsado sobre todo por europeos, aunque muchos trabajan en instituciones estadounidenses³. Durante muchos años, un decano en este campo fue Anthony Atkinson, radicado en Nuttfield, un agudo empirista británico; franceses son el economista especialista en desarrollo François Bourguignon, antiguo economista jefe en el Banco Mundial, el historiador de la economía Christian Morrison; y el economista-historiador Thomas Piketty y su colaborador ocasional Emmanuel Saez, hoy en Berkeley; entre los italianos están los investigadores globales Giovanni Andrea Cornia, anteriormente en UNICEF, y Andrea Brandolini; y también hemos de incluir a los holandeses cautelosos historiadores de la economía, como Jan Luiten van Zanden.

Pero para la persona ajena a la profesión y con una perspectiva global, el más interesante e importante de estos analistas de la desigualdad es Branko Milanovic. Nacido en Yugoslavia en 1953, Milanovic se formó como economista en la Universidad de Belgrado, donde su investigación más temprana se centró en la autogestión de los trabajadores. Su tesis doctoral, que terminó en 1987, examinaba la desigualdad económica en Yugoslavia, siendo uno de los primeros en utilizar los microdatos provenientes de encuestas en los hogares del país. A principios de la década de 1990, se trasladó a Estados Unidos, uniéndose al departamento de investigación del Banco Mundial, y entre 1996 y 2007 fue docente en la Universidad Johns Hopkins. Su primer trabajo importante demostraba el incremento de la desigualdad en Europa del Este con la restauración del capitalismo en la región (o, por decirlo en jerga diplomática liberal, la «transición desde la economía planificada a la economía de mercado»)⁴. Actualmente en la Universidad de la Ciudad de Nueva York [CUNY], Milanovic se ha

³ El economista estadounidense Joseph Stiglitz se ha convertido en un influyente crítico de la desigualdad con su artículo en *Vanity Fair* (2011) titulado, «Of the 1%, by the 1%, for the 1%», pero el grueso de su obra se ha centrado en otros asuntos. La investigación más importante sobre la desigualdad llevada cabo por economistas estadounidenses contemporáneos la está realizando en Chicago (precisamente) James Heckman, del que se trata más adelante.

⁴ Branko Milanovic, *Income, Inequality and Poverty during the Transition from Planned to Market Economy*, Washington DC, World Bank, 1998.

hecho un nombre como analista empírico de la totalidad de la desigualdad económica global, en contraste, por ejemplo, con Piketty, que se centra en las fracciones de ingresos nacionales del 10 al 1 por 100 más rico de entre las poblaciones de los países seleccionados.

En 2005, Milanovic distinguía en su obra *Worlds Apart* tres conceptos diferentes de desigualdad global. El primero comparaba los diferentes países del mundo en términos de PIB *per capita*. Esta medida «al estilo de Naciones Unidas» de la desigualdad permaneció básicamente estable entre 1950 y 1980 –si descontamos una pequeña irregularidad alrededor de 1960, cuando toda una serie de países africanos alcanzaron la independencia y, por lo tanto, fueron incluidos en las estadísticas por primera vez–, para luego aumentar de forma pronunciada entre 1980 y 1995, momento en el cual quedó nivelada en una meseta elevada⁵. El segundo enfoque consideraba los países por población, dando la debida importancia a China e India. Según este baremo, la desigualdad global llevaba cayendo desde que comenzaron los recuentos en 1952: la tasa de crecimiento de China había sido negativa entre 1913 y 1950, mientras que la de India había sido prácticamente cero; pero entre 1950 y 1973, esas tasas fueron del 4,9 y del 3,5 por 100 respectivamente⁶. Con todo, la contribución más original de Milanovic ha sido su análisis de los datos primarios del creciente archivo del Banco Mundial referente a las encuestas sobre hogares nacionales, para producir una tercera medida de la desigualdad global, esta vez incluyendo potencialmente a todas las unidades familiares del mundo; se trataba de un enfoque que no asumía que cada estadounidense o cada chino estuviera percibiendo los ingresos medios nacionales. En lugar de ello, los hogares chinos más ricos pueden situarse en el vértice global del 1 por 100, mientras que los ingresos de los estadounidenses de clase trabajadora solo les permitirían situarse entre el 20 por 100 más rico del mundo. Este planteamiento hacía posible tener en cuenta las desigualdades dentro de los países, así como las existentes entre países en el seno del mismo marco⁷.

⁵ Branko Milanovic, *Worlds Apart: Measuring International and Global Inequality*, Princeton (NJ), 2005, p. 39.

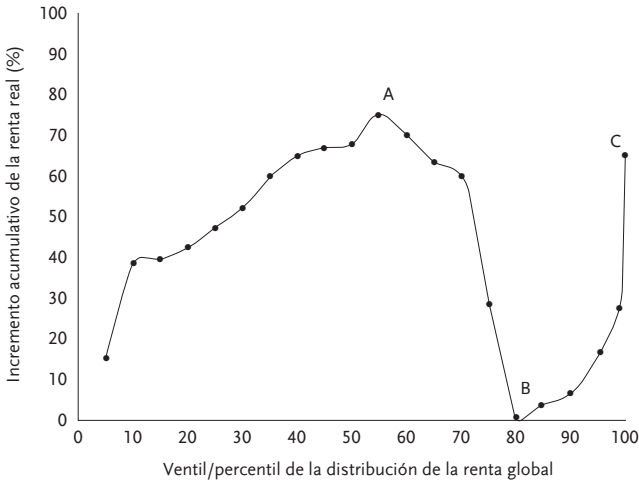
⁶ *Ibid.* pag. 86.

⁷ No hace falta decir que los problemas metodológicos que esto plantea son enormes. Las encuestas por hogares variaban en función del enfoque –las mediciones de la renta predominaban en Europa y América, las del consumo en África y Asia–, así como en términos de fiabilidad; las equivalencias monetarias y las tasas de paridad de poder adquisitivo son claramente discutibles; los muy ricos tienden a quedar infrarrepresentados. Los coeficientes Gini pueden variar mucho en función del enfoque que se aplique: una encuesta india de 2008 basada en informes sobre

Futuros opuestos

El último libro de Milanovic, *Global Inequality*, ofrece ahora toda una serie de tesis sorprendentes acerca de las pautas y dinámicas de la desigualdad a escala planetaria, con especulaciones sobre sus tendencias futuras y sus implicaciones políticas⁸. Partiendo de sus análisis de los datos internacionales sobre los hogares recogidos entre 1988 y 2011 –la era de la globalización aguda, de la caída del bloque soviético, del auge de China y de la crisis financiera–, Milanovic ofrece una notable ilustración de cómo se han redistribuido los ingresos mundiales en el planeta (figura 1).

FIGURA 1: *Incremento relativo de la renta per capita real por nivel de renta global, 1988-2008 (en dólares internacionales de 2005)*



Fuente: B. Milanovic, *Global Inequality*, cit., p. 11.

Los incrementos relativos en la renta *per capita* real se calculan para cada percentil de la población global, desde la más pobre al 1 por 100 más rica. Hay dos ganadores principales. El mayor, el grupo A, representa a

el consumo daba un índice Gini de 33, mientras que la India Human Development Survey de 2005, basada en los ingresos, calculaba un Gini de 52.

⁸ Branko Milanovic, *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization*, Cambridge (MA), 2016. La información técnica sobre las principales estadísticas presentadas en este libro proviene de Christoph Lakner y Branko Milanovic, «Global Income Distribution: From the Fall of the Berlin Wall to the Great Recession», *World Bank Economic Review*, vol. 30, núm. 2, 2016.

aquellos que se sitúan entre los percentiles globales 50 y 60, la «emergente clase media» de China, India, Tailandia, Vietnam e Indonesia. Sus ingresos se han incrementado en un 70 por 100 o más desde finales de la década de 1980, si bien, tal y como señala Milanovic, «como todavía siguen siendo relativamente pobres en comparación con las clases medias occidentales, no debemos asignar al término el mismo estatus de clase media (en términos de renta y educación) que tendemos a asociar con las clases medias en los países ricos»⁹. Los otros ganadores, el grupo C, son el 1 por 100 más rico, cuyos ingresos se han incrementado en un 65 por 100; la mitad de ellos son estadounidenses –de hecho, los situados entre el 12 por 100 más rico de Estados Unidos están todos ellos dentro de la franja del 1 por 100 a nivel mundial–, y del resto la mayor parte está en Europa Occidental, Japón y Oceanía. Los grandes perdedores, el grupo B, se sitúan en el percentil 80 de la población global, más ricos que las clases medias emergentes asiáticas; son las clases medias y clases medias bajas estadounidenses, europeas y japonesas.

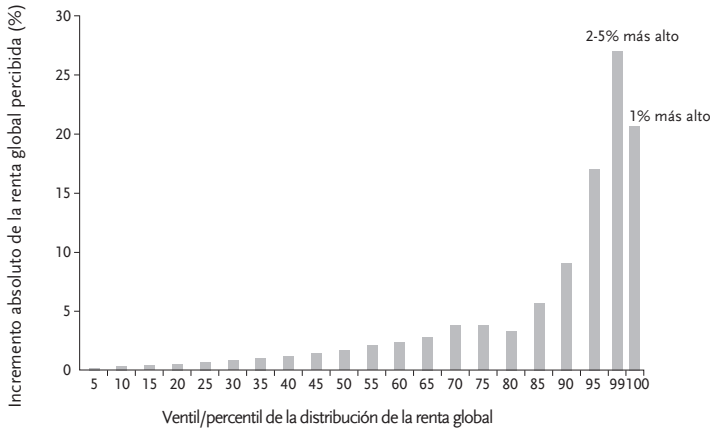
He aquí la base económica del optimismo globalista de los países asiáticos emergentes, del resentimiento popular registrado en Europa y Estados Unidos y de la arrogancia de los plutócratas del mundo. Sin embargo, para calificar el cuadro, Milanovic nos muestra también los incrementos *absolutos* en la renta *per capita* real verificado durante el mismo periodo. Tomando el incremento total de la renta real mundial como 100, los datos muestran que el 60 por 100 del mismo fue a parar a manos del 5 por 100 más rico del mundo y que, de nuevo, los hogares de clase trabajadora de los países capitalistas avanzados han salido relativamente mal parados (figura 2).

Milanovic explora luego estas dinámicas al detalle, examinando primero las tendencias «en función de la clase» de la distribución de la renta dentro de las naciones, luego los desplazamientos «en función del lugar» –el progreso o el declive económico de los países dentro del orden internacional–, para pasar a continuación a integrar todas estas dimensiones, con vistas a esbozar una historia de la desigualdad económica global durante los últimos doscientos años, que termina en el periodo posterior a la última crisis financiera. Hasta comienzos del siglo XIX, según nos dice, la desigualdad en las economías agrarias muy pobladas se estructuraba fundamentalmente por clases: la diferencia entre ricos y pobres –los estándares de vida de subsistencia de los campesinos y de

⁹ B. Milanovic, *Global Inequality*, cit., p. 19.

sus señores— variaba en poco más del 20 por 100 de país a país; los niveles de renta se mantuvieron efectivamente estancados, mientras que los cambios tenían que ver, sobre todo, con factores exógenos «malignos»: peste, hambre y guerras¹⁰. Con el advenimiento de la industrialización capitalista en el siglo XIX, el incremento exponencial de las tasas de crecimiento en Europa y América del Norte hizo crecer la desigualdad a escala internacional, a medida que las rentas medias en aumento del mundo Atlántico se separaron del resto. La desigualdad dentro de los países capitalistas industriales de la primera ola también aumentó inicialmente, gracias a los altos rendimientos de capital y a las diferencias salariales. Sin embargo, hacia mediados del siglo XX las desigualdades de clase *en el interior* de los países habían descendido a mínimos históricos.

FIGURA 2: *Porcentaje del incremento absoluto de la renta per capita real percibida en función del nivel de renta global, 1988-2008 (en dólares internacionales de 2005)*



Fuente: B. Milanovic, *Global Inequality*, cit., p. 25.

Como sugiere Milanovic, esto solo se debía en parte a los factores «malignos» en los que Piketty —y recientemente, de forma exagerada, Walter Scheidel en *The Great Leveller*— hace hincapié, es decir, la destrucción de activos en las dos guerras mundiales¹¹. Más importante para

¹⁰ *Ibid.*, pp. 59-65.

¹¹ Contra Piketty, Milanovic cita a Hobson, Lenin, Luxemburg e (indirectamente) a Niall Ferguson, para sostener que la conflagración de 1914 no fue «exógena», sino que vino causada por las presiones derivadas de la expansión imperial competitiva, inevitable por la insuficiente demanda interna: las fuerzas que «llevaban la desigualdad registrada en el mundo rico a iniciar su tendencia descendente durante los

explicar la caída global de la desigualdad basada en la clase social fue el desafío «benigno» planteado por los trabajadores políticamente organizados. «Los niveles de desigualdad de renta son, casi por definición, el resultado de las luchas sociales y políticas, en algunos casos violentas», escribe Milanovic; pero estas luchas tienen lugar dentro de «un entorno económico más amplio», regido por parámetros fijados por las condiciones del comercio global, la oferta de trabajo y la abundancia de capital y recursos explotables. A mediados del siglo xx, la existencia de sindicatos fuertes y de partidos obreros, así como el ejemplo y el poder militar de la Unión Soviética, contribuyeron a constreñir el poder del capital en todas partes; incluso Estados Unidos presionó en pro de reformas agrarias radicales en países-frontera durante la Guerra Fría, como fue el caso de Japón, Corea del Sur y Taiwán¹². Al mismo tiempo, la brecha económica entre países ricos y pobres llegó a alcanzar unos niveles sin precedentes en la historia mundial. Los ingresos de muchos trabajadores en los países capitalistas avanzados eran más altos que los de las clases medias, e incluso medias altas, de Asia y África. En 1970, el momento álgido de la desigualdad entre naciones, el PIB *per capita* de Estados Unidos en dólares internacionales era veinte veces el de China¹³.

Las décadas de 1980 y 1990 trajeron consigo otra inflexión de doble filo. Mientras las economías atlánticas se ralentizaron, el crecimiento chino despegó con un dinamismo que Occidente nunca había logrado alcanzar, y al que solo Japón, Corea del Sur y Taiwán se habían acercado en las décadas precedentes, lo que llevó a una convergencia entre los niveles de renta nacionales impulsada por Asia; a día de hoy, el PIB *per capita* de Estados Unidos en dólares internacionales es apenas cuatro veces el de China. Al mismo tiempo, las desigualdades registradas *en el interior* de los países comenzaron a repuntar otra vez, especialmente en Occidente, a medida que los servicios reemplazaban las manufacturas, los salarios medios se estancaban, mientras las rentas altas, los beneficios y los rendimientos del capital especulativo se disparaba-, pero también en China y en el mundo poscomunista. Si aplicamos los últimos datos disponibles (2011), *Global Inequality* muestra que estas tendencias continuaron y se aceleraron durante la crisis financiera y la Gran Recesión del mundo atlántico, fortaleciendo el desplazamiento del dinamismo económico hacia Asia¹⁴.

siguientes setenta años» estaban contenidas en el periodo de «desigualdad insosteniblemente alta en el ámbito nacional verificado previamente», *ibid.*, pp. 94-96.

¹² *Ibid.*, pp. 86, 99.

¹³ *Ibid.*, pp. 130-133.

¹⁴ *Ibid.*, p. 30.

Tendencias futuras

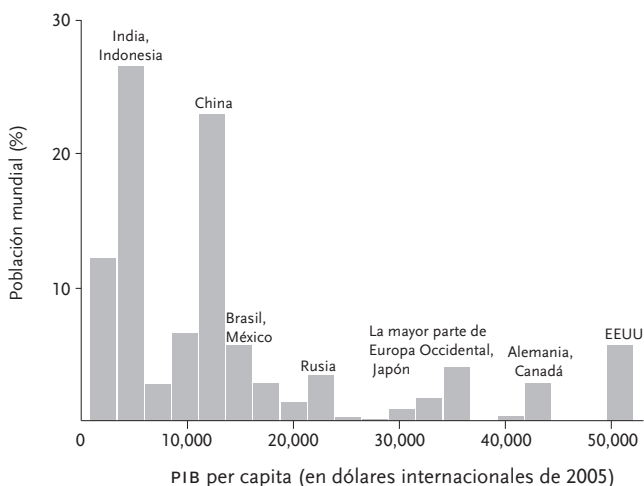
En lo que respecta al futuro de la desigualdad de renta, Milanovic observa dos grandes tendencias. Una es la continuación de la convergencia global «basada en el lugar»: aunque la tasa de crecimiento de China se ralentizara hasta el 5 por 100, su PIB *per capita* alcanzará la media de la UE en la década del 2040. Admite, sin embargo, que la convergencia viene sobre todo impulsada por Asia; el crecimiento en otras regiones ha sido más desigual. Desde un punto de partida bajo, el PIB *per capita* africano en 2013 era solo 1,9 veces mayor que su nivel de 1970; América Latina, aunque de entrada más rica, no había crecido lo bastante como para empezar a converger con Europa y América del Norte, mientras que el PIB *per capita* de Asia se había casi quintuplicado durante el mismo periodo (cuadro 1). Si consideramos la población, existen todavía enormes desfases entre las rentas medias nacionales (figura 3) y algunas economías quedarán aún más rezagadas, incluyendo aquellos países con un alto crecimiento de población. La igualdad global no está a la vista. Sigue siendo el caso que el país de origen de uno tiene un mayor impacto en las oportunidades de vida que la clase en la que uno ha nacido.

CUADRO 1: *Crecimiento de varias regiones del mundo entre 1970 y 2013 (en dólares internacionales de 2005)*

Región	Media del PIB <i>per capita</i> en 1970 (ponderado por la población)	Ratio del PIB <i>per capita</i> de 2013 respecto al de 1970 (entre países)
África	2.900	1,9
Asia	2.200	4,9
América Latina	7.000	2,0
Países en transición poscomunista	8.300	2,4
Europa Occidental, Norteamérica, Oceanía	19.700	2,3
Mundo	6.400	2,6

Fuente: B. Milanovic, *Global Inequality*, cit., p. 172.

FIGURA 3: Distribución de la población mundial por PIB per capita real del país en el que vive, 2013



Fuente: Milanovic, *Global Inequality*, cit., p. 34.

Milanovic denomina a esto el «bonus de ciudadanía»: si has nacido en Estados Unidos, crecerás en una economía con una renta nacional media noventa y tres veces más alta que la de la República Democrática del Congo¹⁵. En este contexto, la estrategia racional para los trabajadores es la migración, según nos dice: los salarios pueden duplicarse o triplicarse por la simple vía de mudarse a un país más rico.

La otra tendencia principal, en su opinión, es el carácter cíclico de la desigualdad «basada en la clase» en el seno de las economías nacionales. El desarrollo económico de finales del siglo xx abandonaba así la llamada curva de Kuznets: «la conjetura», tal y como modestamente la llamaba su formulador, Simon Kuznets, de que la desigualdad económica primero crecería con el desarrollo capitalista y después declinaría, hipótesis que constituía una generalización global de lo que había sido la experiencia occidental entre mediados del siglo xix y mediados del siglo xx¹⁶. Como han señalado Piketty, Saez y muchos otros, la desigualdad ha

¹⁵ *Ibid.*, p. 133.

¹⁶ Simon Kuznets (1901-1985): proveniente de una familia judía acomodada de Pinsk, Kuznets estudió en la Universidad de Járkov y en el Instituto de Comercio de esa misma ciudad, donde se familiarizó con la obra de Schumpeter y Kondratieff,

venido creciendo de manera sostenida en Occidente desde la década de 1970, hasta alcanzar niveles que no se veían desde la *belle époque*. Pero, en honor del desaparecido maestro, Milanovic propone en cambio una pauta cíclica de desigualdad creciente y menguante, que él denomina ondas, o ciclos, de Kuznets, guiados por factores económicos y políticos. Desde su punto de vista, el actual aumento de la desigualdad de la renta en el mundo occidental puede ser analizado como el repunte de una segunda onda de Kuznets, motivada principalmente por el choque tecnológico y por la oferta de mano de obra derivada de la apertura de China y la caída del comunismo, así como la consiguiente desaparición de las limitaciones políticas al capital, que todo ello una vez representó. En la propia RPCh, la desigualdad sigue aumentando durante la primera fase de su primera onda de Kuznets, en la que la industrialización se combina con la transición del socialismo al capitalismo. En China, Milanovic confía en que un mercado laboral en contracción y la presión en pos de subidas salariales puedan contrarrestar los efectos «malignos» de la concentración de capital y de un sistema político rígido, dando paso a una reducción «benigna» en la desigualdad, al estilo de Kuznets. En Estados Unidos, sin embargo, no se vislumbra una igualación de ese tipo¹⁷. ¿Cuál es su predicción final? «Los beneficios de la globalización no se distribuirán de forma homogénea».

Límites a la extracción

Milanovic es un economista muy empírico –en realidad, tiene más de historiador social y de sociólogo que de teórico de la economía–, cuyo trabajo sobre los datos referidos a las encuestas en los hogares ofrece un avance genuino en nuestro conocimiento de los cambiantes estándares de vida globales. Su motivación principal a la hora de estudiar la desigualdad es «observar cómo ha cambiado el mundo», especialmente

antes de emigrar a Estados Unidos en 1922, donde estudió con Wesley Clair Mitchell. Junto a Mitchell en el NBER [National Bureau of Economic Research], realizó, en la década de 1930, investigaciones sobre el PNB de Estados Unidos, y contribuyó al establecimiento de cuentas de la renta nacional en países aliados durante la Guerra Fría, como Corea del Sur, Taiwán o Israel. La «conjetura» de Kuznets sobre la relación existente entre el crecimiento económico y la desigualdad de la renta se presentó por primera vez en su alocución presidencial de 1955 a la American Economic Association. Advirtió, no obstante, que la industrialización en los países subdesarrollados podría ser incluso más traumática y menos igualitaria que en el mundo occidental, debido a que sus puntos de partida eran aparentemente más desiguales.

¹⁷ B. Milanovic, *Global Inequality*, cit., p. 113.

durante el periodo más reciente, entre 1988 y 2011, respecto al cual la lectura de su libro es esencial. Es también un crítico de nuestros tiempos, con una mirada aguda a la hora de tratar las complejidades, y un profeta, cuyas predicciones sobre el futuro están formuladas en un lenguaje de juiciosa cautela. A diferencia de la situación de 1917, piensa que los presentes niveles de desigualdad no plantean una amenaza a medio plazo al capitalismo como tal. Sin embargo, identifica dos peligros para el capitalismo *democrático*: la plutocracia –en este punto bebe de la obra del politólogo estadounidense Larry Bartels, cuyo *Unequal Democracy* (2008) describía con detalle la captura del sistema político estadounidense por la clase adinerada– y el nativismo. Milanovic, que escribió el libro antes de la victoria de Trump, asocia el nativismo con Europa, si bien la nueva administración estadounidense es una sorprendente combinación de plutocracia y reacción nativista.

Global Inequality plantea una serie de cuestiones conceptuales, analíticas, metodológicas, políticas y sociales; aquí trataremos someramente de algunas de ellas. Desde el punto de vista conceptual, una de las muy fructíferas cuestiones que plantea la obra de Milanovic es la siguiente: ¿cuál es el máximo nivel sostenible de desigualdad o de explotación? En teoría, este límite podría no existir: una oferta de trabajo no libre suficientemente abundante hizo posible construir la Gran Muralla China o las pirámides de Gizeh sin que hubiera que preocuparse de si los obreros sobrevivían, en tanto en cuanto sus puestos pudieran volver a ocuparse mediante ejércitos de esclavos o de brazos importados. Sin embargo, la cuestión que plantea Milanovic es muy pertinente para cualquier historia de la desigualdad y, en el corto plazo histórico, puede ser incluso más difícil de responder de lo que él piensa. En términos generales, podemos decir que cuanto más rica sea una sociedad más desigualdad podrá contener; con tanta riqueza alrededor, incluso los más pobres pueden sobrevivir de las sobras. Las naciones más ricas del mundo moderno podrían probablemente seguir funcionando con un coeficiente de Gini muy cercano al máximo, tal vez incluso del 99. En una obra anterior, Milanovic y sus coautores tomaron los salarios de los trabajadores no cualificados a modo de indicador de los niveles mínimos de subsistencia para calcular los «ratios de extracción» históricos, o lo que los marxistas llamarían ratios de explotación, esto es: el ratio entre el plusvalor que se apropia la clase dirigente y el valor del producto total del país, una vez deducidas las necesidades de subsistencia de la población. En una serie de casos –la India mogol en 1750, Nueva España (México) en 1790, el

Magreb francés en 1870, la Kenia británica en 1927, la India británica en 1947— este ratio de explotación por parte de la élite dominante giraba en torno al 100 por 100 del nivel máximo sostenible; el hecho de que el colonialismo fuera extremadamente lucrativo para las potencias metropolitanas y que dejara escasos beneficios económicos a los colonizados —si es que dejó alguno— es algo que no dejan de recalcar una y otra vez¹⁸. Sin embargo, aquí la cuestión principal no es la medida exacta de la extracción en cada caso particular, sino la luz que este tipo de cálculos puede arrojar sobre la naturaleza de las desigualdades capitalistas contemporáneas. Así, por ejemplo, la desigualdad de renta en la Inglaterra de 1688 se correspondía más o menos con los niveles que se pueden apreciar en los Estados Unidos de hoy. En el primer caso, sin embargo, la tasa de extracción era de más del 60 por 100 del máximo posible, mientras que en la Norteamérica contemporánea es algo superior al 40 por 100, una medida que da idea de los estándares de vida actuales, incluso en una época en la que casi el 15 por 100 de los estadounidenses perciben cupones de alimentos.

Acortar distancias

Tal y como hemos visto, desde el punto de vista analítico Milanovic distingue dos patrones diferentes de desigualdad en la renta: los ciclos de Kuznets, que operan en el seno de economías nacionales, y un desigual proceso para «acortar distancias», que opera entre países. ¿En qué medida son útiles estas nociones y cuál es la relación entre ellas? En lo que respecta a las conjeturas derivadas de Kuznets: basándonos en los datos históricos, pronosticar una desigualdad con altibajos sería una apuesta mucho más segura que predecir una tendencia indefinida en cualquiera de las dos direcciones. No obstante, continúa siendo una conjetura, ya que los ciclos carecen de toda confirmación teórica apropiada. ¿Hay alguna lógica discernible en ellos, más allá de los resultados

¹⁸ B. Milanovic, *The Haves and the Have Nots*, Nueva York, 2011, p. 199. El cálculo que hay detrás de estas estimaciones es bastante complejo y, de hecho, el ratio de extracción se refiere a la relación entre dos coeficientes Gini: el estimado y el nivel máximo posible en función de las necesidades de subsistencia, el tamaño de la economía y la población total. En todas las etapas del análisis, se efectúan hipótesis cruciales que, aunque son plausibles, pueden no ser del todo ciertas. En ocasiones, los cálculos dieron tasas de extracción del 200 (India mogol) o del 360 (Congo) por 100 del máximo posible. El procedimiento se describe en Branko Milanovic, Peter Lindert y Jeffrey Williamson, «Measuring Ancient Inequality», NBER Working Paper núm. 13550, octubre de 2007.

contingentes de las luchas de clase? Por otro lado, la noción del ciclo de Kuznets tiene el mérito de espolear la búsqueda de variables cruciales en pos de la igualdad, ya sean «malignas» –las dos guerras mundiales fueron decisivas a la hora de poner en marcha tendencias económicas igualadoras entre las potencias participantes– o «benignas»: la política igualitaria, la extensión de la educación, el envejecimiento de la población o los cambios tecnológicos, que han beneficiado a los menos cualificados.

Global Inequality no ofrece explicación alguna de las pautas variables de la convergencia internacional: el despegue de Asia oriental, el estancamiento secular de América Latina o el recurrente crecimiento titubeante de África. A pesar del auge de China, Milanovic insiste en que nuestro mundo es aún un mundo de Franz Fanon, de desigualdades radicales entre países, en lugar de un mundo marxiano, con diferencias crecientes entre ricos y pobres. Es cierto que el análisis empírico que Marx hace del capitalismo fue en algunos aspectos superado por los acontecimientos: la polarización económica de trabajo y capital, a manos de este último, alcanzó su cota pico en Gran Bretaña y Francia en la década de 1860, más o menos en la época en que apareció el primer volumen de *El capital*¹⁹. En 1894, cuando apareció el tercero, la desigualdad entre países había ya sobrepasado la desigualdad basada en la clase existente en el seno de los países²⁰. Sin embargo, la historia social no puede reducirse a las estadísticas económicas. La teoría marxiana de la emancipación de la clase obrera por su propio esfuerzo predijo –tanto como favoreció– el auge de movimientos obreros, que limitaron los impulsos explotadores del sistema capitalista, en un proceso que culminó en los Estados del bienestar de Europa Occidental. El ala revolucionaria del marxismo no solo hizo la Revolución de Octubre, que despertó esperanzas radicales en todo el mundo, sino que también dio lugar a levantamientos populares antimperialistas en los que las movilizaciones de clase fueron a menudo decisivas y que desde el punto de vista sociopolítico, cuando no económico, operaron para superar la desigualdad «basada en la localización geográfica» de la que habla Milanovic.

¹⁹ Thomas Piketty, *Le capital au XXI siècle*, París 2013, p. 317; ed. cast.: *El capital en el siglo XXI*, Madrid, 2014.

²⁰ Jan Luiten van Zanden *et al.*, «The Changing Shape of Global Inequality 1820–2000: Exploring a New Dataset», *Review of Income and Wealth*, vol. 60, núm. 2, 2014.

En términos de metodología, tal y como se ha apuntado anteriormente, los problemas que plantea cualquier estudio sobre la desigualdad global son enormes. Hay buenas razones para ser escépticos en cuanto a la fiabilidad y la comparabilidad de las encuestas de los hogares en las que Milanovic basó su trabajo, que se recogieron en base a especificaciones variables en los diferentes países. Así, en China se emplearon metodologías distintas para las encuestas en hogares rurales y urbanos antes de 2010 y, desde que ambas categorías se equipararon en 2013, no se ha vuelto a hacer pública ninguna estadística²¹. Aunque Milanovic y sus colegas hacen algunos ajustes para dar cuenta de la probable infrarrepresentación de los muy ricos, así como del impacto de las diferentes cotas de paridad de poder adquisitivo, no llegan a compensar completamente el hecho de que algunas encuestas –especialmente en Europa y en el continente americano– miden la renta, mientras que otras –en particular, en África y Asia– miden el consumo. En términos generales, el consumo se distribuye mucho más homogéneamente en la escala social que la renta, debido al factor ahorro en el extremo superior de dicha escala, y al factor del endeudamiento en el inferior²². La mezcla de encuestas sobre renta y consumo, por lo tanto, genera dudas en cuanto al nivel de desigualdad global que reporta Milanovic, a saber: un coeficiente Gini de 67 para el año 2011, ajustado al 73-76 para dar cuenta de las rentas más altas²³. Estas tentativas heroicas para medir la desigualdad en el mundo siguen sin convencerme del todo: solo Sudáfrica alberga seis conurbaciones con Ginis de 70-75; es difícil creer que el planeta en su conjunto no tenga un mayor arco de desigualdad que una sola ciudad²⁴.

Sin embargo, el objeto principal de la obra de Milanovic no es la medición precisa de la desigualdad global, sino la identificación de sus pautas, tendencias futuras e implicaciones políticas. A diferencia de otros muchos

²¹ B. Milanovic, *Global Inequality*, cit., p. 176.

²² La encuesta india de 2008, basada en el consumo, que empleó Milanovic reportaba un Gini de 33, mientras que el Human Development Survey of India del año 2005 daba un Gini –basado en la renta– de 52. Compárese Ch. Lakner y B. Milanovic, «Global Income Distribution», cit., p. 212, y Reeve Vanneman y Amaresh Dubey, «Horizontal and Vertical Inequalities in India», en Janet Gornick y Markus Jäntti (eds.), *Income Inequality: Economic Disparities and the Middle Class in Affluent Countries*, Stanford, 2013, pp. 439-458.

²³ B. Milanovic, *Global Inequality*, cit., p. 119; Ch. Lakner y B. Milanovic, «Global Income Distribution», cit., p. 217.

²⁴ Compárese Sudhir Anand y Paul Segal, «What Do We Know about Global Income Inequality?», *Journal of Economic Literature*, vol. 46, núm. 1, marzo de 2008, p. 62, y UN Habitat, *State of the World's Cities*, 2016, cuadro 4.2.

economistas, él no tiene miedo a mostrar posiciones políticas claras. Las políticas que considera más oportunas a la hora de reducir la desigualdad de renta a escala nacional en el siglo XXI no provienen del Estado del bienestar europeo, sino del modelo capitalista de Asia oriental. Si las curvas Kuznets de la segunda ola van a experimentar un descenso, argumenta Milanovic, no es probable que éste venga impulsado por las mismas fuerzas que hicieron descender la desigualdad de renta en el siglo XX, ya fueran benignas –educación, transferencias sociales, nacionalizaciones– o malignas: la destrucción de la riqueza a través de la hiperinflación y de las guerras. En lugar de ello, Milanovic sugiere reducir las desigualdades en la propiedad de los activos, para acercarlas a los niveles que observamos hoy en Corea, Japón o Taiwán. Las políticas para promover un cambio semejante incluirían un impuesto de sucesiones elevado (la propuesta de Piketty), un impuesto de sociedades que favorezca la copropiedad de los trabajadores, y acciones oportunas para fomentar la propiedad de activos entre los pobres, a la manera de Hernando de Soto²⁵.

En segundo lugar, Milanovic argumenta con fuerza a favor de una mayor movilidad laboral, como una forma de igualar las rentas globales. A día de hoy hay solo 230 millones de migrantes a escala global, o alrededor del 3 por 100 de la población mundial, pero *Global Inequality* cita un estudio de Gallup que sugiere que 700 millones –un 10 por 100 de la población mundial– se trasladarían a otro país si pudieran. Como igualitarista global, Milanovic es muy crítico de la idea de Rawls de «igualdad en un solo país», pero también de las políticas de inmigración «discriminatorias», que privilegian a los trabajadores especializados, políticas que se aplican en Canadá, Australia y el Reino Unido; esto deja al mundo pobre aún en peores condiciones, según argumenta, ya que sus ciudadanos mejor formados son animados a marcharse. Milanovic es igualmente mordaz con aquellos que se preocupan por la igualdad legal de los inmigrantes en su propio país, mientras se muestran indiferentes ante las penurias de los trabajadores que se hallan fuera de sus fronteras o bien, los que protestan por el trato inhumano de los migrantes en los Estados del Golfo, por ejemplo, pero guardan silencio sobre el trato inhumano que reciben en sus propios países. A pesar de las duras condiciones de trabajo, que Milanovic deplora, los salarios del Golfo representan un bonus para los trabajadores y sus familias, según argumenta, así como una reducción de la desigualdad global. Como un primer paso hacia el desmantelamiento de las barreras del mundo rico a la migración y hacia la reducción del

²⁵ B. Milanovic, *Global Inequality*, cit., pp. 217-271.

resentimiento de las poblaciones receptoras, Milanovic aboga por una versión más amable del modelo del Golfo, con un compromiso con la igualdad *de jure*, que implicaría conceder a los trabajadores migrantes únicamente derechos y beneficios limitados, pero permitiendo entrar a un mayor número de ellos²⁶.

La multidimensionalidad, descartada

Una limitación de envergadura en la rica obra de Milanovic radica en su concentración convencional en la desigualdad exclusivamente económica. Reducir las desigualdades sociales únicamente a la renta –el tamaño de la cartera de la gente– es un enfoque francamente miope. Una de las razones por las que, a pesar de todos los debates sobre la desigualdad a resultas de la crisis financiera de 2008, ha habido una indignación pública solo discreta y ningún esfuerzo político sostenido para atajar la desigualdad tiene que ver, sospecho, con el énfasis exclusivo que se hace en la renta y la riqueza en el debate cotidiano, o convencional. Los ricos evocan toda una serie de emociones y reacciones diferentes: no solo un sentimiento de injusticia, sino también de resentimiento, de fascinación, de envidia y de admiración, como ídolos del lujo, del glamour y del éxito. La desigualdad debería entenderse no solo como un número abstracto, sino como una experiencia arraigada, que tiene que ver con el bienestar corporal (la igualdad vital) y la autonomía personal (la igualdad existencial, en particular en lo que respecta a las estructuras etnorracistas y familiares de género), además de recursos económicos. El discurso público, incluso en la izquierda, ha sido incapaz hasta ahora de combinar estas dimensiones. Por ejemplo, dejando a un lado a algunos especialistas académicos –a menudo demasiado especializados ellos mismos como para pensar en las implicaciones más generales–, casi nadie ha caído en la cuenta de que la restauración del capitalismo en la antigua Unión Soviética se cobró más vidas que las guerras de Iraq y Siria combinadas: en Rusia se produjeron 1,9 millones de muertes excedentes tan solo entre 1990 y 1995; aproximadamente cuatro millones en el territorio de la antigua URSS en la década de 1990²⁷. Mientras los

²⁶ *Ibid.*, pp. 147-174.

²⁷ Vladimir Shkolnikov y Giovanni Andrea Cornia, «Population Crisis and Rising Mortality in Transitional Russia», en Cornia y Renato Paniccià, eds, *The Mortality Crisis in Transitional Economies*, Oxford, 2000, p. 256; Michael Marmot, *The Status Syndrome: How Social Standing Affects our Health and Longevity*, Nueva York, 2004, p. 196. Las cifras se refieren al número de muertes en exceso en comparación con los años precedentes, tras sustraer los efectos puramente demográficos del envejecimiento.

antiguos ciudadanos soviéticos pobres morían en masa, la esperanza de vida entre los rusos con titulación universitaria empezó a subir²⁸.

La desigualdad en la esperanza de vida está creciendo en la mayoría de los países ricos. Hasta ahora esta tendencia ha sido impulsada, sobre todo, porque la gente rica va viviendo más, mientras que las curvas de vida de los desfavorecidos se estancan. Pero en Estados Unidos, la esperanza de vida absoluta para hombres y mujeres blancas con a lo sumo un título de educación secundaria está disminuyendo; para las mujeres blancas, ha caído en cinco años desde 1990. En 2015, la esperanza de vida media en Estados Unidos se estancó²⁹. Investigaciones recientes en los campos de la epigenética y del desarrollo infantil han aportado pruebas de cómo las curvas de vida humanas vienen determinadas de forma significativa antes de que los niños alcancen la edad escolar, por los entornos sociales fetales y posnatales. Cada vez resulta más claro que los humanos nacen desiguales y que la desigualdad general se acelera durante el curso de sus vidas³⁰. Es interesante cómo estos últimos hallazgos de la genética, de la psicología del desarrollo y de la sociología van penetrando ahora en una pequeña esquina del campo de la economía, tan orgulloso y normalmente tan autosuficiente. Una figura clave a este respecto ha sido el economista de Chicago James Heckman, premio Nobel por su trabajo técnico en la microeconometría de la diversidad y la heterogeneidad³¹.

La desigualdad existencial ha sufrido algunos embates importantes desde la década de 1970, cuando el racismo legalmente institucionalizado finalmente cayó, desde el sur de Estados Unidos hasta la Sudáfrica del *apartheid* y la Australia blanca, mientras el patriarcado legalmente institucionalizado era también desmantelado en muchos Estados. Pero ha quedado claro

²⁸ Michael Murphy *et al.*, «The Widening Gap in Mortality by Educational Level in the Russian Federation, 1980-2001», *American Journal of Public Health*, vol. 96, núm. 7, julio de 2006.

²⁹ Stuart Jay Olshansky *et al.*, «Difference in Life Expectancy Due to Race and Educational Differences Are Widening, and Many May Not Catch Up», *Health Affairs*, vol. 31, núm. 8, 2012; los datos sobre esperanza de vida del año 2015 han sido extraídos del National Centre for Health Statistics.

³⁰ Véase G. Therborn, «Life-Curves of Inequality», *Korean Journal of Sociology*, vol. 49, núm. 6, 2015.

³¹ Para una muestra de este trabajo, véase Flavio Cunha y James Heckman, «The Economics and Psychology of Inequality and Human Development», *Journal of the European Economic Association*, vol. 7, núm. 2-3, abril-mayo de 2009; y James Heckman y Stefano Mosso, «The Economics of Human Development and Social Mobility», *Annual Review of Economics*, vol. 6, 2014.

que la desigualdad existencial puede ser privatizada con éxito, desregulada, dejada a la iniciativa de grupos e individuos antiigualitarios. Esto ha quedado subrayado de forma dramática por las muertes a tiros de negros estadounidenses a manos de la policía. Tal y como ha escrito Ta-Nehisi Coates: «El racismo es una experiencia visceral. Revienta cráneos, bloquea vías respiratorias, desgarrar músculos, extrae órganos, quiebra huesos, rompe dientes»³². Como economista, Milanovic no está en absoluto solo en su falta de atención a las cuestiones vitales y existenciales. En cierto sentido es heredero de aquellos marxistas a quienes, como escribió Sartre en 1960, «solo les preocupan los adultos. Al leerlos uno podría pensar que nacemos a la edad en que cobramos nuestro primer salario»³³. Y con todo su respeto por Fanon, parece sordo ante las cuestiones existenciales, tales como el racismo. *Peau noire, masques blancs*, de Fanon, comenzaba con una cita del *Discours sur le colonialisme*, del también martiniqués Aimé Césaire, que es una poderosa representación de la desigualdad racial: «Yo hablo de millones de hombres a quienes sabiamente se les ha inculcado el miedo, el complejo de inferioridad, el temblor, el arrodillamiento, la desesperación, el servilismo».

En un pasaje final de *Global Inequality*, Milanovic plantea la cuestión de por qué el mundo atlántico ha tenido mucho más éxito a la hora de reducir las desigualdades legales –entre hombres y mujeres, blancos y negros, heterosexuales y homosexuales– que al reducir la desigualdad de renta. Pero en lugar de responderla, pasa a otro asunto: por qué es un error centrarse «exclusivamente» en la «desigualdad horizontal», ya de por sí un término extraño para referirse al racismo o al patriarcado, cuya esencia misma es una relación constituida verticalmente, de superioridad-inferioridad. Los argumentos que despliega para dejar a un lado la desigualdad existencial suenan bastante familiares a oídos de feministas y minorías discriminadas, a saber: que el énfasis en las políticas de «grupo» provoca división; que no atiende a la base económica de la explotación sexista o racista; y que es escapista, porque deja el sistema de privilegio de clase capitalista intacto, en lugar de centrarse en el «cambio significativo». Las cuestiones más amplias y difíciles –cómo las diferentes formas de desigualdad interactúan entre sí o cómo se sobredeterminan unas a otras; si es cierto que divergen y, en tal caso, cómo lo hacen– quedan sin atender.

³² Ta-Nehisi Coates, *Between the World and Me*, Nueva York, 2015, p. 10.

³³ Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique*, París, 1960, p. 47; ed. cast.: *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, 2004.

En otra parte he argumentado que mientras las tres dimensiones de la desigualdad se combinan e interaccionan, desde el punto de vista analítico no son reductibles entre sí; cada una posee su propia dinámica y no siempre varían juntas. En la era moderna, los avances en materia de desigualdad vital, existencial y de recursos han sido desparejos y no lineales. En el caso de la primera, las desigualdades globales en la esperanza de vida y la mortalidad infantil crecieron entre 1800 y 1950, a medida que las condiciones de vida en Occidente se alejaban de las del resto; entre 1950 y 1990 se produjo una convergencia provocada por la descolonización, la vacunación y la erradicación de la malaria. Pero la epidemia del SIDA en África y la creciente mortalidad en la antigua Unión Soviética aumentaron la brecha, que ahora vuelve a estrecharse. Por sorprendente que pueda parecer, los datos de la desigualdad vital han ido empeorando también en los países capitalistas avanzados, a medida que la esperanza de vida se expande enormemente para los ricos, mejora poco a poco para la clase trabajadora y baja para los más pobres. La desigualdad etnoracial global puede haber alcanzado un pico alrededor de 1900, en la época álgida del colonialismo y de las leyes de Jim Crow, pero los peores genocidios tuvieron lugar entre 1942 y 1945 y entre 1994 y 1995. Los avances en la igualdad existencial han dependido de la fuerza y las luchas de los propios desfavorecidos: la descolonización, los derechos civiles y el fin del *apartheid* están en un lado del balance, mientras que en el otro están el sentimiento antiinmigración y la islamofobia. Las mujeres han ganado una autonomía significativa en la mayor parte de los países de la OCDE y, hasta cierto punto, en América Latina; pero la autoridad patriarcal sigue siendo fuerte en gran parte de África, Asia meridional, la China profunda y Oriente Próximo³⁴. Estas desigualdades se entrelazan con los patrones de renta identificados por Milanovic, fortaleciéndolos en algunos casos y divergiendo de ellos en otros.

Podemos distinguir cuatro mecanismos independientes que operan en la reproducción social de las desigualdades: la distanciaci3n (esto es, capitalizar ventajas dadas); la explotaci3n directa; la jerarquizaci3n institucional y la exclusi3n. Estos mecanismos sugieren, a la hora de luchar por la igualdad, un abanico de estrategias compensatorias m3s amplio que el que Milanovic tiene en mente. Contra la distanciaci3n: acci3n afirmativa, discriminaci3n positiva, compensaci3n. Contra la explotaci3n: redistribuci3n, nacionalizaci3n, expropiaci3n. Contra la jerarquizaci3n: democratizaci3n

³⁴ Véase G. Therborn, *The Killing Fields of Inequality*, Cambridge, 2013.

o desmantelamiento, a través del poder compensatorio de los subordinados. Contra la exclusión: inclusión, leyes antidiscriminación, migración³⁵. Branko Milanovic se ha establecido como nuestro mejor guía para adentrarnos en el paisaje fracturado de la desigualdad económica global. Pero Sartre tenía razón: la condición humana –y los crímenes contra ella– no puede reducirse a las nóminas que reciben los adultos.

³⁵ *Ibid.*, pp. 54-67.

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net